Miniaturas, joyitas

De Antonio Álamo

Santiago Martín Bermúdez

9 piezas al azar

De
Antonio Álamo

Edición de
La Avispa.
Madrid, 2002.

Pertenece Antonio Álamo a ese género de escritores natos que transitan del teatro a la narrativa con naturalidad pasmosa. Si escribir consiste, sobre todo, en que no se note dónde está el autor, o incluso en que no esté en ninguna parte, aunque esté, Álamo es un autor de los pies a la cabeza. Si escribir teatro consiste en que cada personaje, tipo o arquetipo hable o calle como él tiene que hablar y callar, Álamo ha conseguido esa imprescindible y sin embargo rara objetivación que resulta envidiable. Además, en el panorama de ausencia de estrenos; o de estrenos sin razón, sin causa y sin necesidad, las obras de Álamo se asoman de vez en cuando a los escenarios y hasta tienen la osadía de arrancar éxitos. Curiosamente, Álamo es un francotirador. No pertenece a grupo, grey o hermandad alguna. Desconoce papas y practica el individualismo, ese que se nos aconseja desdeñable como si realmente la unión hiciese la fuerza (todos sabemos que la unión no hace la fuerza; sólo crea grupos de presión; o de presioncita). Pero él tiene otra fuerza, que es el talento. No me ciega la pasión. Pero el caso es que tampoco soy crítico. No pienso esto porque soy su amigo. Soy su amigo porque pienso esto. Yo no me trato con cualquiera, oiga.

El año pasado, por estas fechas en que escribo (otoño 2002), aparecía en las librerías su interesante y descacharrante novela *Nata soy* (que, leído al revés es Yo Satán), la tercera que ha escrito, y ya anhelamos la cuarta. La SGAE publicó no hace mucho su último éxito teatral, *Caos.* Ahora, La Avispa nos ofrece nueve obras de gran brevedad que son testimonio de la originalidad, la habilidad, el humor y la sabiduría de este dramaturgo cordobés. Eduardo Quiles ha dado ejemplo siempre con el cultivo de la miniatura teatral. A su ejemplo, y a veces a instancia suya, muchos nos hemos acercado a esa dimensión, que no es menor más que en cuanto a la duración. A todos nos gustaría escribir narraciones como las de García Márquez y Vargas Llosa. Pero a menudo sentimos mayor tentación en ser Borges o Rulfo. Antonio Álamo es algo Borges y algo Rulfo en estos relatos, con un gran del sentido del absurdo, de la sorpresa, de la socaliña irónica de las expectativas, del diseño rápido y fino del carácter, de la intuición aguda de las situaciones. Recuerdo el delicioso momento del estreno como lectura dramatizada en el **Salón del Libro Teatral Español e Iberoamericano,** en Casa de América (diciembre de 2000), cuando Paloma Pedrero y Carmela del Moral desdoblaron el papel de la niña prodigio Lucía Utärgken de *El premio,* la pieza que abre el libro. Ahora podemos leerlo, y al leerlo sabemos que el teatro de Álamo necesita realizaciones como aquella, leída o plenamente dramática, no importa, pero de aquel nivel y de aquella sabiduría. Son una delicia obritas como *Entre el cielo y la tierra se borraron los confines,* de un sanísimo anticlericalismo; esta obra es prima hermana de *Nata soy,* sin duda, y un soplo de aire fresco en época de santificación de felones. ¿Y ese cliente y esa camarera, qué término hay que buscar para referirse a esa relación? Porque eso, aunque parezca mentira, es una relación. Lean *La camarera del Sófloque's* (sic) y sabrán a qué me refiero, es una de las piezas más breves, aunque no tanto como *La última vez,* fugacísima, una coña marinera llena de pericia. ¿Y los tres personajes de *Mendigos,* con los que el autor, siempre invisible, se burla de nosotros y nos hace reírnos (de nosotros, también).

No les puedo contar todas las obras. Son nueve, ya lo dice el título. Ahora a los actores principiantes, estudiantes y educandos le gusta este tipo de obras breves para ejercicios y cosas por el estilo. Para eso, sin embargo, a las piezas de Álamo les encuentro un grave inconveniente: son obras francamente buenas.■